

CUARTA SECCIÓN

TRATADOS DE LIBRE COMERCIO Y MÁRGENES DE LIBERTAD  
EN POLÍTICAS DE COMERCIO Y DESARROLLO



INTEGRACIÓN Y TRATADOS DE LIBRE COMERCIO  
EN EL MARCO DEL AVANCE ASIÁTICO.  
LA CIRCUNSTANCIA DE MÉXICO

ARTURO OROPEZA GARCÍA\*

INTRODUCCIÓN

Ante el detente de la Unión Europea y la crisis de América del Norte, no sólo por la llegada del presidente Trump al poder, sino por su no capacidad de entender su declinamiento histórico, los regionalismos por excelencia de postguerra (Unión Europea, incluso TLCAN) se debilitan y ponen en duda la continuación de su liderazgo.

En lo que eso ocurre, del lado del Pacífico, países cerrados ancestralmente, además de posicionar con éxito su modelo económico, recrean nuevas maneras del trabajo conjunto, no sólo a partir del comercio y los tratados en la materia, sino que con total pragmatismo lanzan desde los inicios del siglo un sinnúmero de esquemas de asociación (One Belt, One Road, OBOR, BRICS, etc.) orientados al desarrollo regional preferentemente de Asia, a través de nuevas disciplinas como la ciencia, la tecnología, la energía, la ecología, la educación, entre otros, en la implementación de un nuevo trabajo conjunto entre países que saben que los retos del 2050 ya están aquí y que deben resolverse con audacia; cada uno, en el marco de su circunstancia y limitaciones.

Son múltiples los ejemplos de asociación regional que se han venido sucediendo en Asia del Este en general y China en particular, sobre todo a partir de 2001, fecha en la que China formalizó su adhesión a la Organización Mundial del Comercio (OMC). Si bien la línea de estos nuevos esquemas se alejan de la formalidad prevista en el artículo 24 de la OMC; por otro lado avanzan rápidamente en materia de resultados con esquemas de asociación informales, pero con estructuras financieras fuertes que los llevan a avanzar rápidamente en un sinnúmero de proyectos conjuntos.

\* Investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.

La integración occidental, frente a esta dinámica en la materia, se debilita y permanece anclada en sus paradigmas de siglo pasado, sin saber con claridad los pasos que debieran seguirse para lograr una complementación más exitosa y sustentable en materia comercial, económica y política.

Desde luego, la integración y el intercambio comercial forman parte de un esquema global más complejo que pasa por lo que ahora se le reconoce como *desorden global*, que reta a todos los países del mundo, tanto desarrollados como en vías de serlo, a reencontrar las líneas de convivencia para un nuevo mundo lleno de preguntas y cuestionamientos.

La integración y los tratados de libre comercio, en el camino hacia un nuevo orden global, viven la incertidumbre, pero también la oportunidad de nuevos escenarios. En los siguientes apartados trataremos de resaltar brevemente algunas de las notas que inciden mayormente en la alineación regional de una nueva era y la circunstancia de México.

#### LAS NUEVAS TENDENCIAS DEL ORDEN GLOBAL

D) Asia en general, incluyendo a Asia del Este,<sup>1</sup> fue una categoría olvidada en el tiempo como producto de un éxito occidental que desde finales del siglo XV, junto con los descubrimientos marítimos de la época (el descubrimiento de América en 1492, la llegada de Vasco de Gama a la India en 1498, etc.), fue abundando en la fácil postergación de una región que durante el 90% de nuestra era poseyó de manera sostenida el liderazgo económico del mundo.<sup>2</sup>

Las hambrunas de los siglos XIX y XX padecidas por Asia del Este, de manera especial por China e India, junto con el avance de una sociedad occidental que apenas 500 años antes había iniciado su Renacimiento y 250 años su Revolución industrial, contribuyeron a la idea de un mundo occidental omnímodo donde todo iniciaba y todo acababa, y en el que lo demás resultaba secundario o prescindible.

<sup>1</sup> Para efectos de este trabajo, por Asia del Este se entenderá la composición de países integrada por las diez economías que integran la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), a saber: Myanmar, Laos, Tailandia, Vietnam, Camboya, Malasia, Indonesia, Singapur, Filipinas y Brunei. Y por Asia del Este se comprenderán tanto las naciones pertenecientes a ASEAN como Japón, Corea del Sur, Taiwán, China, India y Rusia, para un total de 16 países. La división de Asia por Occidente, desde siempre se ha prestado al uso arbitrario de conceptos. Oriente Medio, Oriente Próximo, Oriente Extremo, Lejano Oriente, Asia del Este y ahora Asia Pacífico, son términos que no acaban de poner de acuerdo a los especialistas. De ahí esta selección arbitraria de integración de Asia del Este y Asia Pacífico, en razón de su sinergia económica y comercial.

<sup>2</sup> Del año 1 al año 1800 de nuestra era, tanto India como China representaron de manera alterna el poder económico mundial más importante de la época.

El fin de la Guerra Fría en 1989 con la caída del muro de Berlín y en 1991 con la disolución de la entonces Unión Soviética, acrecentó la idea de un dominio de lo occidental que en lo económico y en lo político celebraba el *fin de la historia*, al propio tiempo que ratificaba una era de predominio en la que se dibujaba la continuación de una hegemonía occidental de largo plazo encabezada por Estados Unidos.

A cerca de 30 años de que esto sucediera, los habitantes de un mundo global todavía acostumbrados a las *maneras* de lo occidental, se ven en la necesidad de reconocer que esta *realidad* ha cambiado y a aceptar en consecuencia que ya no se vive solamente una era de lo occidental, si no que ésta se ha transformado en una nueva geopolítica de lo económico y de lo político ante la fuerte irrupción de la región de Asia del Este, lo cual ya influye de manera importante en la vida económica de la mayoría de los 7,600 millones de seres humanos que comparten la segunda década del presente siglo.

Al preguntarle a Hobsbawm sobre algunas de las líneas visibles de la decadencia de Occidente, en un tono dubitativo señala: “Esta tendencia —*el éxito occidental*— parece detenerse. No sé si se ha invertido, pero lo que es cierto, es que se ha agotado el impulso que la movía” (Hobsbawm, 2012, p. 50). Glucksmann, por su lado, sobre el deterioro occidental, afirma: “Cuando en la ínfima intimidad de una conciencia, Occidente choca con Occidente, todo está en juego y nada lo está, el tañido fúnebre por el fin de la historia queda suspendido, el carillón de un nuevo comienzo contiene su aliento” (Glucksmann, 2004, p. 189).

Un nuevo comienzo, el fin de la historia, Occidente vencido por Occidente, la pérdida del impuso hegemónico, etc., son apenas algunas de las primeras interpretaciones del debilitamiento de un predominio occidental que se ha traducido al mismo tiempo en el fortalecimiento de la región de Asia del Este, donde habitan 16 naciones, cinco mil millones de personas y conviven cinco civilizaciones (la china, la rusa, la india, la japonesa y la musulmana) que han logrado sobrevivir en el tiempo hasta nuestros días.

A la economía global, a la geopolítica occidental y al mundo que la rodea, como en el caso de México y de América Latina, les resulta difícil aceptar que habitan una nueva era euroasiática<sup>3</sup> que les exige el cambio o adaptación de los paradigmas que dieron rumbo y sentido a su quehacer público y privado, tanto por un desconocimiento cabal de lo nuevo, como por el fácil mecanismo de su negación.

<sup>3</sup> Denominación arbitraria para evidenciar el mestizaje que desde la pasada década de los sesenta, escenifica el comercio, la economía, y la política de las 16 naciones de Asia del Este con los principales actores económicos de Europa y Estados Unidos, así como del mundo en general.

Occidente se olvida de Asia del Este y el olvido le ha resultado costoso. Sin embargo, de manera más importante, como señala Glucksmann, Occidente se olvida de sí mismo, se pelea consigo mismo y se distrae de escuchar las voces adelantadas que le avisaban ya de un cansancio general que se reflejaba en su adelgazamiento económico y su inestabilidad política y social. Sobre estos síntomas, Ferguson comenta: “La civilización occidental parece haber perdido la confianza en sí misma” [...] “Empezando por Stanford en 1963, toda una serie de grandes universidades han dejado de ofrecer el clásico curso de historia de la civilización Occidental a sus alumnos”. Agregando de manera concluyente, después de tomar contacto con el éxito chino: “Pienso que quizá fue sólo entonces en donde realmente comprendí que era lo que definía a la primera década del siglo XXI [...]” “[...] el hecho de que estamos viviendo el final de quinientos años de supremacía occidental” (Ferguson, 2012, pp. 59 y 19). Voces más adelantadas como las de Huntington, desde los noventa, denunciaban ya el dinamismo asiático frente al debilitamiento occidental, “Las sociedades no occidentales —decía Huntington— particularmente en el Este de Asia, están desarrollando su riqueza económica y sentando las bases de un poderío militar y una influencia política mayores”. A lo que agregaba de manera premonitrice: “La era que comenzó con las intromisiones occidentales en 1840 y 1850 está tocando su fin, China está volviendo a asumir su lugar como potencia hegemónica regional y Oriente está tomando posesión de lo suyo” (Huntington, 2001, pp. 22 y 285).

Las dudas de Occidente, sus olvidos, la pérdida de rumbo que viene padeciendo desde la última parte del siglo pasado; el fin de una inercia de postguerra que acompañó a sus mejores éxitos económicos y políticos, contrasta con una certeza oriental que declara sin ambages que el siglo XXI será el siglo de China y el retorno de las hegemonías asiáticas. Mahbubani fundamenta lo anterior cuando opina que: “Entre las nuevas mentes asiáticas privan la convicción y certeza genuinas de que el día del Este de Asia ha llegado, aún si el área debe tropezar una o dos veces más antes de encumbrarse [...]”. Agregando con no poca convicción que: “Habiendo despertado ya, la inteligencia asiática no está dispuesta a dormir en el futuro próximo. La exitosa reanimación del desarrollo de las sociedades asiáticas dará origen a un nuevo discurso entre Oriente y Occidente” (Mahbubani, 2002, p. 18).

El contraste de las posiciones refleja, por un lado, el cansancio y la falta de interés de un Occidente integrado por Europa y Estados Unidos,<sup>4</sup> que des-

<sup>4</sup> Comenta Hobsbawm que “Hay razones internas por las que el imperio estadounidense no puede durar, y la más inmediata es que la mayoría de los estadounidenses no están interesados

de hace más de tres décadas padece un decaimiento económico progresivo, el cual cohabita con una confusión política que en su conjunto muestran ya como resultado la erosión de sus políticas de bienestar, cada uno en el marco de su circunstancia. Por otro lado, el discurso vitalista asiático, alimentado en la fortaleza de los incrementos económicos de la mayoría de los países de Asia del Este, genera una inercia que ha ido creciendo con el tiempo, la cual, al mismo tiempo que ha ido dotando de credibilidad al proyecto, ha generado los fundamentos para poder hablar de un nuevo orden entre el Atlántico y el Pacífico.

La síntesis de estas posturas queda más clara cuando Tony Judt diagnostica sin atajos que “algo va mal” en Europa; que Occidente en su orfandad de rumbo ha perdido incluso su capacidad discursiva; que simplemente ya no sabe cómo hablar de todo *esto*, en un ánimo honesto de provocar la discusión de un futuro que rescate el porvenir (Judt, 2013, p. 45). Por otro lado, un Mahbubani empoderado, y la región de Asia del Este junto con él, comunica al mundo que: “El siglo (XXI) se distinguirá por el hecho de que el este de Asia se alzará como centro mundial de poder” (Mahbubani, 2002, p. 143).

La historia de las civilizaciones, como de las hegemonías, nunca ha sido lineal. No puede serlo porque la ruta de su éxito o de su fracaso obedece a múltiples factores que dependen a su vez de un sinnúmero de circunstancias. Sin embargo, del debate discursivo de ayer sobre si China ocupará una posición hegemónica en el siglo XXI, o si los países de Asia de Este consolidaran una tendencia que nos permita hablar de una nueva era del Pacífico, la polémica ha dejado el mundo de las ideas para ubicarse en el de los resultados económicos, el de las cifras, de las cuales se desprende que el mundo omnímodo occidental ha cambiado.

Desde el siglo pasado, Occidente ha sido un testigo no inocente del fortalecimiento progresivo de Asia del Este. De cómo este empuje ha derivado en el desplazamiento de la riqueza mundial y del centro de gravedad de la economía. Como un ejemplo de lo anterior puede mencionarse que todavía en el periodo 1991-1995, los países desarrollados generaban el 50% del crecimiento global, mientras que del 2011 al 2015 influyeron solamente en el 28%, para una caída de 22 puntos en un plazo de 25 años. En sentido contrario, China e India, como dos representantes relevantes de Asia del Este, en el periodo 1991-1995 aportaron únicamente el 11 y el 5% del crecimiento global, respectivamente. Para el segundo periodo de 2011-2015, China contribuyó sola al 30% del crecimiento global, o sea dos puntos más que el total de los países desarrollados, e India subió a un 10% para un total de 40% de los dos países (CEPAL, 2015).

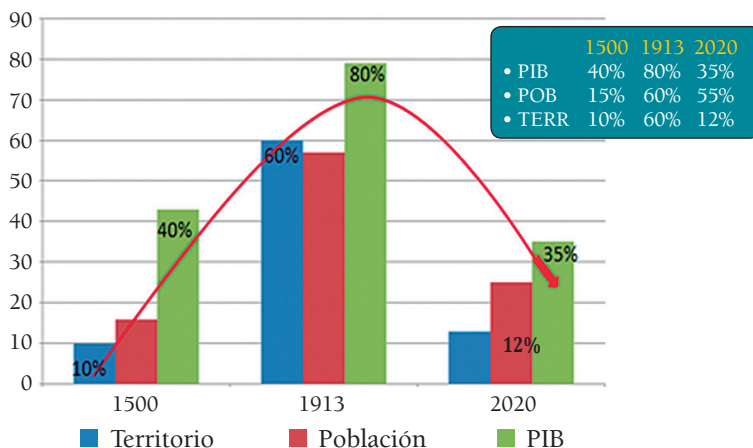
---

en el imperialismo ni en la dominación mundial en el sentido de gobernar el mundo” (Hobsbawn, 2007, p. 82).

Como un ejemplo más de la inercia de estas tendencias también puede observarse cómo en el periodo 1992-2015, el G-7 integrado por Estados Unidos, Alemania, Reino Unido, Francia, Italia, Canadá y Japón, perdieron 20 puntos de participación del PIB global; mientras que China, India, Rusia y Brasil, en el mismo periodo, obtuvieron 20 puntos más de participación.

Con base en estas tendencias, es que algunos autores como Ferguson, Sachs, Summers, etc., señalan que Occidente —como hegemonía relevante— está regresando en el tiempo a los niveles económicos, demográficos y territoriales que tenía hace medio milenio, o sea, al año de 1500, donde detentaba el 43% del PIB mundial, el 16% de su población y el 10% de su territorio; ya que habiendo llegado a su cúspide en 1913 con el 79% del PIB mundial, 57% de la población y 58% del territorio del mundo, pronostican que para 2020 Occidente tendrá solamente el 35% de la riqueza mundial, el 25% de la población y el 12% del territorio mundial (Oropeza, 2013, p. 176); mientras que en 2050 el 60% del PIB global será asiático (Sachs, 2013, p. 44).

GRÁFICA 1  
LA INEVITABILIDAD ASIÁTICA



FUENTE: Ferguson, Sachs, FMI.

Huntington, de manera más simple sobre el renacimiento asiático respecto al debilitamiento occidental, sentencia: “Los doscientos años de —fugaz paréntesis— occidental en la economía mundial habrán acabado” (Huntington, 2001, p. 103).

II) Son muchas las razones que explican las causas de la debilidad occidental y el resurgimiento asiático. Como también son muchas las posiciones que analizan un tema abierto que está lejos de ser cosa juzgada. La

sociedad global del siglo XXI tendrá que seguir muy atenta para ver cómo un mundo agobiado por razones inéditas, resuelve de manera razonable la gobernabilidad de la primera mitad del siglo.

No obstante, dentro de las razones que destacan en las primeras interpretaciones del choque, encuentro, competencia, lucha etc., entre Occidente y Asia del Este, por su profundidad y consecuencias, resalta el tema de los modelos de desarrollo. Por un lado y hablando en términos generales sin poder atender las particularidades de cada caso, aparece un vertical, estatista, heterodoxo y de *bajo costo* modelo asiático o *socialismo de mercado* y, por el otro, un democrático y *ortodoxo* capitalismo neoliberal.

El modelo económico asiático no es nuevo, empezó a construirse durante el siglo XIX ante la llegada de las primeras hegemonías marítimas a la zona del Pacífico de Asia del Este, con la invasión de Inglaterra a China en 1839 durante las guerras del opio y los primeros combates estadounidenses a Japón en 1853 (India había sido controlada desde el siglo XVII bajo un dominio inglés que fue creciendo hasta su independencia en 1947). Frente a la presencia de estas potencias, India se rinde desde el principio a la hegemonía inglesa; China nunca claudica a pesar de las múltiples intromisiones multinacionales y Japón recurre a la estrategia de la asimilación occidental sin perder su identidad. Como parte de esta asimilación surgen las primeras líneas económicas de un modelo que hoy, en su versión más acabada, conocemos como socialismo de mercado, el cual ha sido implementado por China.

Sobre la transformación de Japón de 1870 a 1884 y las primeras líneas del *modelo asiático* comenta Anguiano:

La restauración Meiji fue un periodo de la historia de Japón en el que se acometieron reformas sociales, económicas y políticas de gran envergadura, que a poco más de cuatro décadas transforman a ese país en uno capitalista-industrial bajo patrocinio y control del Estado, que pasó de ser dependiente de las potencias colonialistas a tener pleno control sobre su soberanía nacional, a gozar de igualdad jurídica con los demás países del mundo y comenzó a despertar como potencia regional (Anguiano, Cechimex, 2014, p. 9).

La industria, o el saber tecnológico como punta de lanza de la transformación económica, y el control del Estado, como el compromiso por hacer que el desarrollo económico *ocurra*, como dice Mazzucato, son dos de las líneas principales a través de las cuales Japón llegó a ser una potencia mundial en la primera mitad del siglo XX y a instrumentar su recuperación económica después de su derrota militar en 1945.

Ausencia o disminución de costos sociales en la primera etapa del proyecto. Participación directa del Estado en la planeación económica, pero de

manera más importante, en su ejecución, a través de medidas monetarias (control de moneda), de mercado (subsidios, subvenciones, precios controlados, etc.), de comercio (apoyos y subsidios a las exportaciones, barreras a las importaciones, etc.), fiscales (exenciones, reintegraciones, etc.), tecnológicas (prioridad, subsidios y alto presupuesto a la ciencia y a la tecnología, etc.), entre otras, y un cumplimiento a modo (con *características asiáticas*) de la normativa comercial del momento, constituyen algunos de los pilares más importantes a través de los cuales se ha venido delineando un proyecto asiático-exportador en la mayoría de las economías de Asia del Este, las cuales lo han desarrollado progresivamente de acuerdo a sus propias particularidades.

En su momento, durante el segundo despegue japonés posterior a 1950, antes de que se convirtiera en la segunda economía del mundo (ahora tercera después de China), ya algunos actores evidenciaban tanto la informalidad asiático-japonesa como la tolerancia occidental-americana. Sobre las políticas de apoyo estatal de Japón en 1955, Frieden reconoce que: “El gobierno japonés apoyaba a los fabricantes con reducción de impuestos, subvenciones, créditos baratos y otras ayudas” (Frieden, 2007, p. 369). Por su parte, Huntington aporta sobre el tema:

[...] los reiterados conflictos entre los Estados Unidos y Japón sobre cuestiones comerciales respondían a una modalidad en la que los Estados Unidos planteaban exigencias a Japón y amenazaban con sanciones si estas no eran atendidas. A continuación se mantenían negociaciones prolongadas y después, en el último momento antes de que las sanciones entraran en vigor, se anunciaba un acuerdo. Por lo general, los acuerdos estaban redactados de forma tan ambigua que los Estados Unidos podrán cantar victoria de forma genérica y los japoneses podrían cumplir o no cumplir el acuerdo según quisieran, y todo seguía como antes (Huntington, 2001, p. 272).

Estos breves ejemplos de la naturaleza informal del modelo asiático al día de hoy, serían totalmente reproducibles en el caso de China, Vietnam, Bangladesh, Camboya, etc.; incluso en menor medida, todavía en Corea, Japón y Taiwán, en cuanto a una participación del Estado en la defensa de sus empresas e intereses nacionales.

China, por su parte, hoy la segunda economía del mundo, por medio de la integración de cientos de zonas especiales, primero en el pacífico y luego a lo largo de todo el país, llevó a su clímax la potencialidad del modelo asiático, logrando un crecimiento económico promedio del 10% por más de 30 años, transformándose en el primer exportador y nación manufacturera del mundo. Sobre su modelo de desarrollo, su impulsor Deng Xiaoping, opinaba que era un experimento sujeto a una revisión permanente.

De igual modo, cuando tenía que definirlo, sin preocupaciones intelectuales apuntaba con toda claridad: “Actualmente hay dos modelos de desarrollo productivo. En la medida que cada uno de ellos sirva a nuestros propósitos, nosotros haremos uso de él. Si el socialismo nos es útil, las medidas serán socialistas; si el capitalismo no es útil, las medidas serán capitalistas”. Y agregaba sin dudas, a diferencia de Occidente, que: “No existen contradicciones entre el socialismo y la economía de mercado” (Oropeza, 2008, p. 450).

Los dos modelos, bajo su propia lógica del desarrollo, han competido desde la segunda parte del siglo pasado, y lo siguen haciendo todos los días actualmente. Su convivencia ha traspasado diferentes etapas de difícil explicación que han oscilado entre la competencia frontal por el liderazgo económico del mundo, a una *asociación por precarización* de la plusvalía de la mano de obra asiática, en un entreveramiento de competencias e intereses donde no se llega a distinguir con claridad hasta dónde llega el reparto de la renta industrial entre un Occidente que renunció a su fabricación y una Asia del Este que se erige hoy como la fábrica del mundo.

No obstante, la geografía de los números nos dice que en las últimas décadas el crecimiento económico más fuerte ha sido para la mayoría de los países de Asia del Este, o sea, para el modelo asiático de desarrollo. Como ejemplo de ello, en los últimos diez años (2004-2014), la Unión Europea apenas tuvo un crecimiento económico de 0.5% anual promedio y Estados Unidos de 1% anual promedio; mientras que Asia del Este se levantó con 6% promedio anual y China, en especial, con 8% anual promedio en el mismo plazo. Lo anterior ha contribuido a que de 2007 a 2014, Grecia haya visto disminuir su PIB p/c en -22%, Italia -11%, España -7%, Portugal -5%, Gran Bretaña -4% y Francia -1%; mientras que China en el mismo lapso lo incrementó 175%. Bajo una visión de 18 años (1995-2013), Estados Unidos ha podido subir su PIB p/c en un 36%, mientras que China lo llevó a más del 400 por ciento (CEPAL, 2015).

Mientras Occidente, y la mayor parte de América Latina con él, sigue viviendo un problema económico existencial, como lo refiere Judt cuando pregunta: ¿estamos condenados a dar bandazos eternamente entre un *mercado libre* disfuncional y los tan publicitados horrores del *socialismo*? (Judt, 2013, p. 45); un modelo asiático sin dudas (vertical, estatista, heterodoxo) define —a través del aumento de sus índices económicos— a las economías ganadoras de la primera mitad del presente siglo.

III) Si la polémica de ayer sobre el posible surgimiento de una China hegemónica y una Asia del Este relevante ha perdido oportunidad ante la evidencia de los números, la cuestión que prevalece, ante este nuevo empoderamiento asiático y debilitamiento occidental, es saber el camino que seguirán estas tendencias tanto en su profundización como en su entrela-

zamiento. Lo que se trasluce por medio de las acciones y los discursos de los participantes, es que ambas partes, de manera esforzada, luchan por la recomposición o la ampliación de sus activos, en un debate sin tregua por la hegemonía en el siglo que transcurre.

De las acciones llevadas a cabo por parte de China, destaca en primer lugar la integración informal iniciada a partir de 2009 respecto del grupo llamado BRICS (formado por Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), el cual a pesar de no presentarse como una asociación formal en los términos de la Organización Mundial de Comercio (OMC), a la fecha ya cuentan con más logros que otros esquemas de integración global. El esquema BRICS ya opera actualmente con un Banco de Desarrollo y un Fondo de Garantías por montos de 100 mil millones de dólares cada uno; a lo cual se agregan acuerdos de naturaleza energética (China, Rusia, 2015), de investigación y desarrollo, comercio, ciencia y tecnología, ecología, energías renovables, etc. De manera relevante, junto con esta estrategia, China ha desplegado a través de toda Asia (2013) un proyecto muy ambicioso de asociación inspirado en la Ruta de la Seda llamado “One Belt, One Road” (OBOR) —una integración, un camino—, por medio del cual se propone reposicionar su liderazgo geoeconómico y político en toda Asia, o sea, Asia Pacífico, Asia Central y el Medio Oriente, en una área que abarca el 55% del PIB mundial, el 70% de la población mundial y de manera especial, el 70% de las reservas de energía conocidas. “El objetivo declarado de esta gran iniciativa es patrocinar la continuidad y el comercio entre China y más de 60 países atravesados por el OBOR” (*Vanguardia*, 2016, p. 8).

A diferencia de China, Estados Unidos, que en 2009 dio inicio a un proyecto de integración formal del Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP) con siete países de Asia del Este y cuatro de América, a inicio del 2017 el presidente Trump lo canceló sin mayor recato. Esta estrategia global que se intentó bajo el gobierno del presidente Obama, y que incluía también la firma de otro tratado de libre comercio (TTIP) con los 27 países de la Unión Europea, lo cual representaría un reforzamiento geopolítico occidental, actualmente también se encuentra detenido por la administración Trump.

Esta contienda de acuerdos y tratados de integración que prevalece hoy en lo económico y en lo político entre el Atlántico y el Pacífico, que ya opera a favor de Asia del Este, no puede separarse de los conflictos globales que se registran actualmente en el planeta, en los cuales las dos tendencias hegemónicas ya dejan sentir el peso de sus intereses.

En el caso de la energía, por ejemplo, en la lucha por los hidrocarburos —los cuales estarán marcando a los países ganadores y perdedores de esta primera mitad de siglo por razones de abasto, agotamiento y precio—,

China firmó un convenio con Rusia por 270 mil millones de dólares para un suministro de petróleo y gas los próximos 25 años. Asimismo, los dos países se han sumado expresa y tácitamente por la contienda de las reservas de hidrocarburos del Medio Oriente (50%); por ejemplo, a través de su apoyo a Siria y al gobierno de Al Assad, en la idea del control del suministro de reservas mundiales, así como el envío de gas a Europa por parte de Rusia. Por su parte, tanto los actores relevantes de la Unión Europea como Estados Unidos, reúnen apoyos contra la permanencia de Al Assad en Siria, como parte también del proyecto de suministro de hidrocarburos a Europa sin tener que pasar por la zona de control de Rusia, en acompañamiento de diversos actores de la región como Arabia Saudita y Qatar. Otro ejemplo de este debate a nivel geopolítico son las tensiones prevalecientes en el Mar del Sur de China, tanto en lo que se refiere a la posesión de las islas Diayou, de parte de China, o Senkaku por parte de Japón; así como por el tema de los límites marítimos que reclama China a Vietnam, Filipinas, Malasia y Brunei, entre otros, en el marco del potencial de la zona en materia de hidrocarburos y del control geopolítico del transporte marítimo de la región, lo cual involucra directamente a Estados Unidos y a sus aliados.

No cabe duda que vivimos una nueva realidad en gestación, cuyo final aún resulta indescifrable. Lo que también es cierto, es que la etapa geopolítica occidental tal cual la concebimos ha terminado, e independientemente del resultado que pueda arrojar la confrontación de dos países y regiones relevantes, hoy ya habitamos un nuevo espacio geoeconómico-político y comercial, que obliga a revisar a los diferentes países lo intentado hasta hoy.

## LA INTEGRACIÓN ASIÁTICA EN EL SIGLO XXI

I) China surge al mundo global en 1978, cuando sus insuficiencias internas en los temas económico y social la obligan a buscar respuestas más allá de sus murallas, lo cual nunca intentó ni tuvo la necesidad de hacer los últimos dos mil años de vida imperial.

Las profundas crisis económicas de los sesenta, manifestadas a manera de hambrunas, motivan al país asiático a salir a un mundo desconocido, en un momento histórico donde las naciones industrializadas enfrentaban sus primeros cuestionamientos en temas de progreso y crecimiento económico.

En el camino hacia el mundo global, el desplazamiento de China hacia Occidente representó un recorrido de experimentación tanto para el país asiático como para las naciones occidentales. Para el primero, porque tuvo que acelerar un proceso de aprendizaje donde iba de por medio la solución

económica de sus necesidades y la estabilidad social y política de su nuevo gobierno. Para Occidente, porque China, en su milenarismo contacto con los países europeos, siempre fue una realidad geopolítica de difícil entendimiento e interpretación.

La capacidad de aprendizaje de China, después de casi 40 años de apertura, está fuera de toda duda. Desde principios de la década de los ochenta, el mundo ha contemplado con asombro que el país del *centro* del mundo —que nunca quiso integrarse con las naciones de su tiempo—, desde la necesidad aprendió rápidamente de los *otros*, y asimilando ese conocimiento bajo sus *propias circunstancias*, desarrolló nuevas estrategias para la economía global de la segunda mitad del siglo XX y principios del siglo XXI, para convertirse nuevamente en una nación hegemónica que hoy rivaliza por el liderazgo del mundo con Occidente en general y Estados Unidos en particular.

Con esta facilidad de adaptación y de aprendizaje respecto de las claves del éxito de un nuevo mundo, China se introdujo al flujo de lo global bajo su propio tiempo y circunstancia, iniciando los ritmos de su apertura y seleccionado los sectores y las zonas geográficas de su globalización, acorde a fortalezas y debilidades de cada una de sus etapas.

En su carrera hacia el desarrollo, si bien China puso especial énfasis en aprender del *otro* (Taiwán, Corea, Hong Kong, Estados Unidos, etc.), al principio decidió que la experiencia de su nuevo desarrollo tendría que emprenderla sola, bajo el esfuerzo de las fortalezas y administración de las debilidades del país, como una manera de asegurar que el avance —cualesquiera que éste fuera— dependería de las decisiones estratégicas de China y no de otros actores externos que amenazaran su interés nacional. También lo intentó de ese modo porque el expertise milenarismo chino siempre estuvo basado en factores endógenos y no exógenos.

Sin embargo, detrás de ese enorme talento para aprender e innovar dentro del nuevo proceso global, China percibió que alcanzados los dos primeros grandes objetivos que se planteó el camino socialista de Deng Xiaoping en los ochenta, que fueron dotar de casa vestido y alimento a toda la población china, primero, y de dar a esa misma población un ingreso promedio de país moderado, como segundo (lo cual ha logrado con suficiencia), lo que seguía era el camino de la recuperación de la importancia hegemónica que tuvo el país los primeros dieciocho siglos de la era moderna. Cubierto lo elemental y ante la continuación del éxito de la estrategia económica, China no ha podido renunciar a la búsqueda de un liderazgo hegemónico para el siglo XXI, situación que se ha visto reforzada al darse junto con el milagro económico chino, como ya se dijo, un declinamiento integral y generalizado en la mayoría de las naciones occidentales, empezando por Estados Unidos, pero también en Inglaterra y Francia y un sinnúmero de países europeos.

Lo que en un momento fue la apertura China por la sobrevivencia, en cuatro décadas se ha convertido en el reto de su desarrollo por la hegemonía y liderazgo mundial de este siglo.

Esta nueva perspectiva provocó un cambio estratégico en la política internacional de China, entre otros, en su manera de integrarse a la dinámica global. China formaliza sus relaciones diplomáticas con Estados Unidos en 1979 y se integra al Banco Mundial en 1988 y al Fondo Monetario Internacional en 1989. En materia económica, China se adhiere al esquema geopolítico de la Asociación de Países de Asia Pacífico (APEC) en 1991 y en 1986 presenta su candidatura a la ahora Organización Mundial del Comercio (OMC), a la cual se integra en 2001, pasando en lo económico y lo comercial de un proyecto individual a otro de asociación con los diferentes actores políticos y económicos del mundo.

Dentro de esta nueva etapa aparece su primer acuerdo parcial sobre bienes con la región de Asia Pacífico (APTA), el cual firmó en 1975, aunque se perfeccionó hasta 2006. En 2004 firma también con las naciones del Este asiático (ASEAN) un Tratado de Libre Comercio sobre bienes y en 2007 respecto a servicios, los cuales marcan la primera experiencia china en dichos temas y compromisos de comercio internacional. De manera bilateral aparece significativamente el TLC firmado con Chile en 2005, el cual representó la ratificación del cambio de paradigma de la estrategia comercial de China, al comprometerse con nuevas disciplinas jurídicas en la materia. A partir de estos antecedentes y con base a la fortaleza económica, política y comercial del modelo chino, su posición cambió radicalmente, dando inicio a una nueva etapa de integración económica y comercial no sólo con su primer zona de influencia regional, sino con el mundo entero (Australia, Costa Rica, Hong Kong, Nueva Zelanda, Singapur, Islandia, Pakistán Perú, Suiza, etcétera).

*II)* El surgimiento del esquema de asociación BRICS, si bien es un facilitador de su comercio grupal, su aparición guarda una naturaleza diferente y marca un antes y un después en la incorporación de China al mundo global y geopolítico de su época.

En este sentido, si bien los BRIC son una propuesta exógena surgida del escritorio de un analista privado (Jim O Neil, Goldman Sachs, 2001), cuando China decide en 2009 acudir a Ekaterimburgo, Rusia, a celebrar la primera reunión de trabajo con las naciones BRIC, en este acto de asociación ya iba implícito un posicionamiento hegemónico de naturaleza asiática, a través de la suma de tres de las civilizaciones y las naciones más relevantes de Asia del Este, que son India, Rusia y la propia China.

Desde ese momento hasta hoy, China —en el marco de una tendencia inagotable de crecimiento y de fortalecimiento de su posición mundial—

no ha dado pausa a la tarea de su integración económico-comercial, formal e informal, con una serie de grupos a través de los cuales China ha ido tejiendo poco a poco un posicionamiento estratégico en el escenario geopolítico del nuevo milenio.

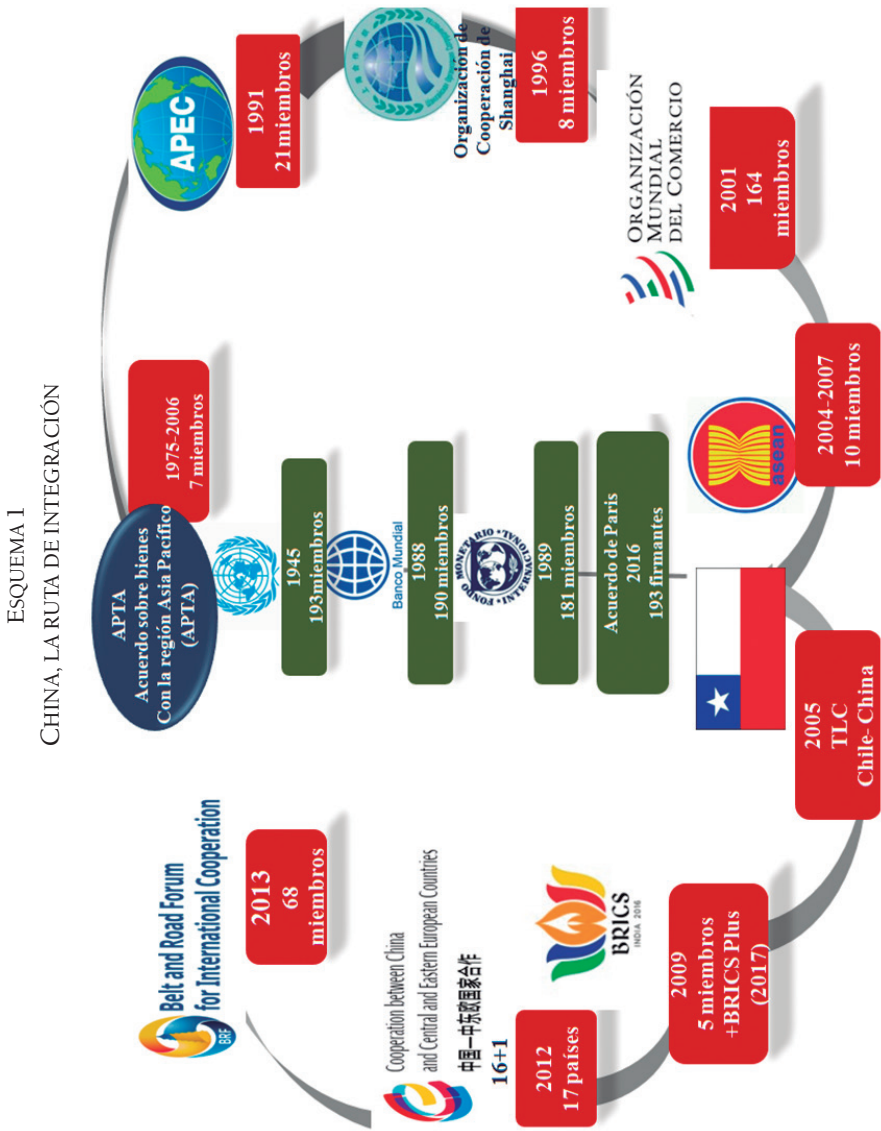
En esa línea de trabajo, a los BRICS le ha seguido la propuesta *Emergen Eleven*, que propone la asociación de economías relevantes de los diversos continentes, incluyendo a México, Brasil y Argentina, como parte de su oferta al continente americano. El grupo *16+1*, al que suma 16 países de Asia central, Asia menor y Europa del Este. Desde luego, sus importantes logros asiáticos con la integración de *ASEAN+1* que, como ya se señaló, la une a través de un TLC con las diez naciones más importantes de Asia Pacífico. El grupo *Shanghai* (*Shanghai Cooperation Organization*), conformada por China, India y Pakistán, y que refuerza su posición con Rusia, Uzbekistán, Kazajistán, Kirguizistán y Tayikistán. Y un sin número de propuestas más en progreso, donde destaca el proyecto de un TLC a los países integrantes de la *APEC* y los esquemas de *ASEAN+3* (China, Japón y Corea) y *ASEAN+6*, con los países de Asia Pacífico más China, Japón, Corea, India, Australia y Nueva Zelanda, entre otros.

*III) Sin experiencia previa y en contra de una tendencia milenaria de vivir hacia adentro, a partir de 1978 China inició una nueva etapa de su vida económica y política que ha redefinido su papel en la geografía mundial. Como ya se indicó, en 2001 se adhiere a la OMC y con ello da un giro sin precedentes en el tema de sus relaciones comerciales. Éste no fue su primer compromiso jurídico en materia internacional, pero las consecuencias que se derivaron de su firma marcaron un parte aguas en la estrategia global del país. En ese sentido, su convocatoria política a formalizar una propuesta exógena en la figura de los BRIC, era impensable antes de la OMC, pero después de ella, era una consecuencia lógica del nuevo papel de China frente al mundo.*

Modificado el paradigma de su involucramiento con el orden global, lo que ha sucedido es una superposición infinita de acuerdos y tratados en todas las geografías del mundo, a través de los cuales China ha buscado construir la arquitectura de su nuevo rol en la primera mitad de siglo.

Bajo esta misma óptica, el nuevo camino de la seda o el esquema llamado “Una integración, un camino” (*One Belt One Road, OBOR*, por sus siglas en inglés), lanzado por China en 2013 y ratificado en mayo de 2017, se presenta como la continuación afortunada de un proyecto de integración global que con gran imaginación invita a más de 60 países al desarrollo del nuevo siglo.

A diferencia del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (*TPP*) —que como ya se aclaró, fue cancelado por el presidente Trump—, que en



FUENTE: elaboración propia.

su mejor momento sólo era la prolongación de una propuesta agotada de comercio que prevaleció en la segunda mitad del siglo XX, el esquema OBOR destaca por la amplitud de sus contenidos, del número de sus participantes y la dimensión de sus números.

De manera diferente a un esquema tradicional de libre comercio, la propuesta OBOR trasciende hacia otros sectores relevantes de la economía de los países participantes, cuya importancia resulta trascendental en los años por venir.

De este modo, junto al comercio también se trabaja de manera colectiva en el rubro de infraestructura, como la construcción de los puentes y las arterias de un nuevo desarrollo regional. La ciencia y tecnología, temas obligados de una nueva era industrial y de servicios. El medio ambiente, sector imprescindible de una obligada sustentabilidad mundial. De igual modo ocupa un lugar relevante de la agenda la cooperación, las finanzas comunes y un nuevo e interesante concepto denominado "People to People", el cual intenta tomar en cuenta la realidad social de cada país participante. Todas ellas forman parte de una nueva agenda de asociación que rompe con los candados de un libre comercio tradicional, el cual nunca se mudó de su ortodoxa línea de mercado, olvidando las nuevas alternativas del desarrollo y la sostenibilidad mundial.

Asimismo, la propuesta OBOR, bajo una visión ambiciosa e incluyente, comprende al día de hoy más de 68 países que representan el 70% de la población mundial, que incluye dentro de sus integrantes a las diez naciones de la Asociación del Sudeste Asiático (ASEAN); a nueve de Asia central; a siete del sudeste asiático; a dos del noreste asiático; a 21 del Centro y del Este de Europa; a dos de África; a una de Oceanía y 15 del Asia Menor.

De manera especial, la propuesta involucra al 55% del PIB mundial y al 70% de las reservas de hidrocarburos del mundo. Cuenta actualmente con 55 mil millones de dólares de capital en operación y la reciente creación de un Banco Asiático en Infraestructura con un capital base de 100 mil millones de dólares y un número de 56 miembros y 24 miembros potenciales.

De la apertura de 1978 a 2017, a casi 40 años del *modelo experimental* al que convocara Deng Xiaoping al pueblo chino en su encuentro con el mundo global, en el tema de integración resalta la originalidad y el éxito de las propuestas de China, al propio tiempo que palidecen las líneas de asociación occidentales ante la fractura de la Unión Europea, con el Brexit, y la cancelación del TPP por parte de Estados Unidos. Desde luego, también las de América Latina.

Son muchos los temas a entender por la sociedad global en esta primera parte del siglo y muchos los pendientes a resolver en materia de desarrollo, demografía, igualdad y contaminación, entre otros. Por ello, el intento de nue-

vos esquemas de asociación, novedosos e incluyentes, representan una nueva alternativa a considerar por el mundo entero y por los países de América Latina en particular.

## LA CIRCUNSTANCIA DE MÉXICO

I) Para México, en la parte geopolítica, el antagonismo China-Estados Unidos, Occidente-Asia del Este, presenta serios retos en la administración de un papel que por definición geográfica lo ubica como vecino de uno de los protagonistas. Pero de ese destino se derivan también las mejores oportunidades para reposicionar un papel que no ha sido valorado ni apoyado en su dimensión por el *socio* del norte.

En el tema económico, la nueva realidad chino-asiática le incide directamente a la matriz de negocio que México ha tenido desde siempre con Estados Unidos con motivo de su cercanía geográfica, derivada de la cual Estados Unidos ha sido tanto su principal cliente como el mayor destino de sus exportaciones. Esta matriz, en razón del traslado económico del Atlántico al Pacífico, se ha sofisticado como resultado de la confrontación-asociación que vive la relación chino-estadounidense, cargándole a México parte de los costos. Y en el segundo caso, en el tema de la asociación China-Estados Unidos por la precarización de la plusvalía asiática, México sale lastimado en diversos rubros, porque dicha asociación transcomercial lo impacta de manera directa en su oferta exportadora y su línea de costos.

De igual modo, México y la región de América Latina salen seriamente dañados al confrontar todos los días, en lo comercial y en lo económico, a un modelo asiático que opera impunemente estrategias informales o heterodoxas no ceñidas total o parcialmente a la OMC, bajo el apoyo o asociación de actores occidentales relevantes. Tal vez este sea el mayor reto de alineamiento de la región con la nueva realidad geoeconómica.

El modelo asiático está lejos de ser la respuesta idónea a un mundo necesitado urgentemente de un desarrollo más inclusivo y sustentable para todos. Sus déficits en el cumplimiento de una normativa mundial económica y de comercio, sus serios descuidos ecológicos y omisiones en política social, no lo convierten en un ejemplo mundial a seguir. Sin embargo, la participación comprometida y exitosa del Estado asiático con sus intereses y actores nacionales, que es otra de las principales características del modelo, sí representan una oportunidad para lo realizado hasta hoy por México y la mayor parte de América Latina. Por ello, además de recordar a algunos de los especialistas asiáticos (Deng Xiaoping, Lee Kuan Yew, Chi Fulin, Gao Shangyuan, etc.) sobre el tema, como lo están haciendo en Europa y prac-

ticando en Estados Unidos, la región tendría que revisar seriamente a autores actuales como Mazzucato, cuando recuerdan que:

Un Estado emprendedor no sólo *elimina el riesgo* del sector privado, sino que también visualiza el espacio de riesgo y opera de forma atrevida y efectiva dentro de éste para conseguir que las cosas ocurran. De hecho, cuando el Estado no está convencido de su función, es más probable que sea *capturado* y sometido a los intereses privados. Cuando no asume un papel de liderazgo, se convierte en un pobre imitador de los comportamientos del sector privado, en lugar de una alternativa real. Y es más probable que las críticas habituales sobre su carácter lento y burocrático sean ciertas en países donde se le deja de lado y se le asigna un papel puramente *administrativo*. Así pues, tratar al Estado como un ente engorroso que sólo es capaz de conseguir *fallos del mercado* es una profecía que termina por cumplirse (Mazzucato, 2014, p. 34).

II) En materia internacional y de integración, México no ha entrado al siglo XXI. Sigue anclado a los dogmas a los que apostó en las décadas ochenta y noventa, los cuales secuestraron su otrora reconocida capacidad en el manejo de temas globales y lo ataron al futuro del hegemon del siglo XX, y junto con él, deambula en medio de sobresaltos los cambios geopolíticos y económicos del nuevo siglo.

La posición de México, además de haberle causado pasivos con su región de América Latina y la región del futuro que es Asia, ha tenido que pagar los costos de una simulación que presumiblemente nos ubica dentro de una integración de América del Norte que no ha sido tal, porque Estados Unidos no nos ha reconocido en ningún momento como *socios*, sino que en todo momento nos ha tratado como proveedores de petróleo y ahora como un país maquilador.

Estos hechos podrían documentarse sobradamente, pero en su última versión queda claramente evidenciado en la renegociación del TLCAN de 2017, en la que Estados Unidos vuelve a mostrar su incapacidad de entender la importancia estratégica de su primera globalización que pasa por México y Canadá, y por el contrario, la golpea impunemente sin ningún rubor.

Un replanteamiento de la política exterior de México, bajo estos hechos, tendría que regresar al entendimiento de que el país no puede hipotecar su futuro a un hegemon no sólo carente de *amigos*, sino también de sensibilidad para manejar su porvenir en un tiempo global de difíciles retos. Acabar con esta simulación que nos compromete con obligaciones unilaterales y nos confunde respecto a las posibilidades de nuestro futuro económico, sería el primer paso en la reconstrucción de una nueva agenda internacional y de integración del país.

Desde la firma del TLCAN, México se ha sumado de manera automática, sin compensación alguna y absorbiendo los costos del caso, a los intereses litigados por Estados Unidos con el mundo. Cambiar esta inercia de adhesión no es sencillo, pero sus posibles resultados, por limitados que fueran, serían superiores a los saldos negativos que se han registrado en estas últimas tres décadas.

Lo positivo de la renegociación del TLCAN en 2017, es que le quitó la imagen de *sagrado*, de *intocable*, que durante más de 20 años le dispensó la dogmática mexicana. De igual modo, el tratado reiteró que su operación es resultado de las ventajas económicas que se desprenden para las empresas estadounidenses y no un acto de filantropía regional y que su posible cancelación o vigencia, en su caso, como lo ha evidenciado ampliamente el presidente Trump, va más allá de posiciones nacionales de sometimiento.

Sin menoscabo de operar un reposicionamiento con la política de América del Norte, siempre será importante proponer y apoyar una agenda de integración regional como lo sugería en su momento Robert Pastor y tantos otros que han argumentado las ventajas de contar con vecinos con un mejor desarrollo económico, a partir de compartir sinergias comunes.

Este tema ha tenido *entretenida* a la opinión pública nacional por más de tres décadas. A la luz de la insuficiencia de los resultados para un 80% de la población nacional, y la *experiencia* vivida con el gobierno del presidente Trump, valdría la pena que no se continuara y se aprovechara la coyuntura del cambio. Al propio tiempo, llevar a la relación a su maximización desde un punto realista y no de sometimiento, no supondría en ningún momento la ruptura con Estados Unidos.

El cambio de eras, de hegemonías, de estrategias económicas y políticas, supone retos inéditos al mismo tiempo que grandes oportunidades.

El declinamiento de las instituciones globales del siglo XX y el inicio de su recambio por las del siglo XXI, reta a los países a operar con seriedad, al mismo tiempo que con prontitud para no quedar aislados de los nuevos mecanismos del desarrollo. México, al replantear su *sometimiento* a Estados Unidos, recupera un margen de maniobra que le permitiría integrarse, por ejemplo, a las nuevas instituciones financieras como el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura; o a enarbolar derechos propios de economía intermedia de manera conjunta con países de su rango de Latinoamérica, Asia, Europa, etc., en organismos globales como la OMC, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional o el G-20.

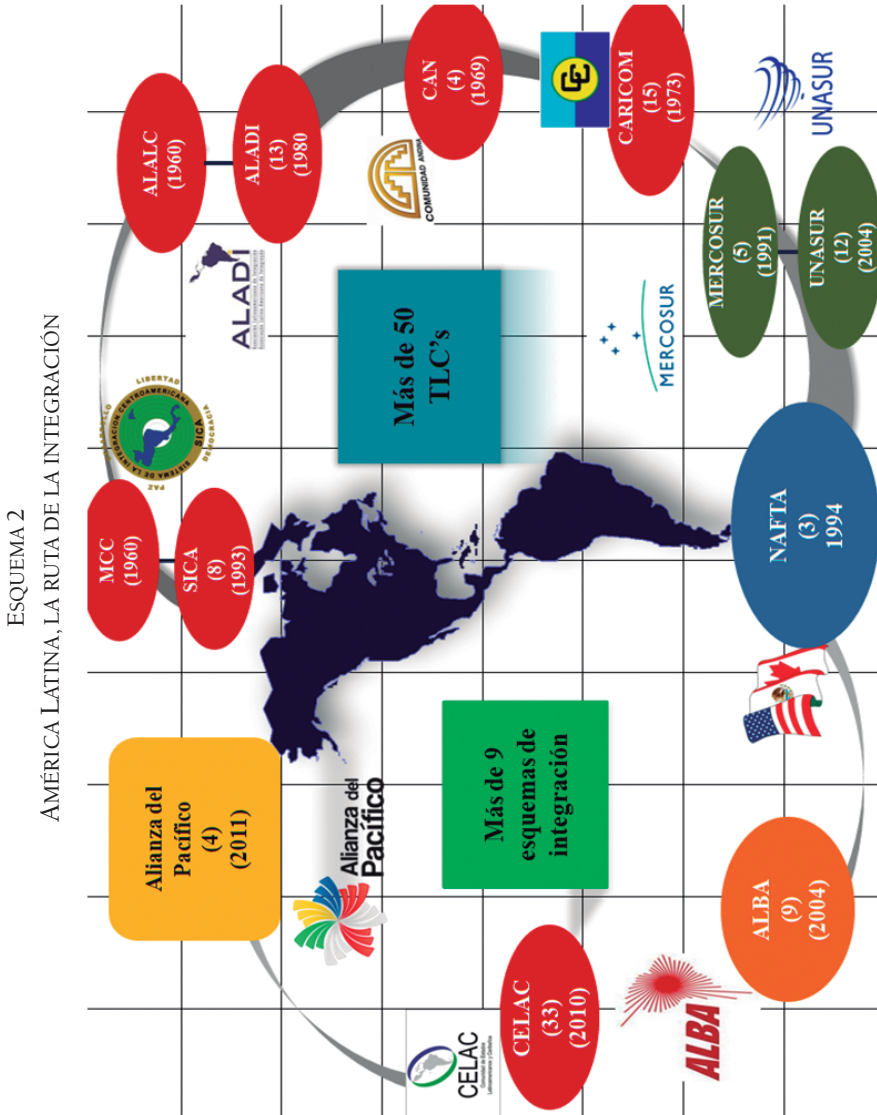
Atender a América Latina sin el falso debate respecto a América del Norte, será también una muestra de madurez y alejamiento del dogma.

El no éxito de los proyectos regionales de posicionamiento post neoliberal encabezados por Venezuela (ALBA) y el Unasur-Mercosur por parte

de Brasil, también brindan la oportunidad de un diálogo abierto de la zona para repensar a la región de cara al 2030/2050. De igual modo, el avance logrado por Asia en materia de asociación regional a través de su esquema One Belt One Road (OBOR), lanzado en 2013, obliga a los países latinoamericanos a recuperar el terreno perdido y repensar su trabajo conjunto no sólo y únicamente a través del comercio. La energía, la ciencia, la tecnología, ecología, educación e infraestructura que hoy se incluyen en el OBOR o nuevo camino de la seda, deben ser temas obligados para encontrar sinergias comunes. La nueva plataforma de la Alianza del Pacífico sería útil para este cometido. Repensar la integración de México en América Latina desde la Alianza del Pacífico, se presenta como una alternativa obligada para una nueva reconstrucción geopolítica de México en materia de integración. Desde luego, la Alianza tendrá que replantear sus limitadas posibilidades de operación, derivadas de una ortodoxia tratadista del siglo XX, para en el marco del ejemplo chino con el esquema OBOR, ofertar una nueva iniciativa agregando temas comunes para un tiempo nuevo como la ciencia, la tecnología, la educación, la ecología, la infraestructura, fianzas, energía, industria, etc., a través de nuevos mecanismos innovadores y audaces que empujen el trabajo conjunto de la zona. La mejora de la relación bilateral México-Brasil, será una condición *sine qua non*, para que esto ocurra.

En cuanto a China y la nueva era del Pacífico, algunos países de la zona han iniciado su acoplamiento bajo esquemas de explotación de bienes primarios y tratados de libre comercio con escasas posibilidades. El caso de México, si bien diferenciado por su *oferta* manufacturera, ante su agenda pendiente con China, podría aprovechar la coyuntura para plantear con el país asiático una asociación estratégica tipo OBOR, sin tener que pasar forzosamente por un TLC, como lo han hecho Chile, Perú y Costa Rica, en una clara desventaja frente a China, igual que lo hizo México frente a Estados Unidos en 1994. Esta asociación económica tipo OBOR con China, puede ser la puerta para un relanzamiento asiático estratégico con la zona, que vaya más allá de las materias primas y los déficits comerciales, dando paso al trabajo conjunto en infraestructura, comercio, tecnología, etc. Para ello hay un argumento esencial frente a China. No puede darle a América Latina un trato desigual frente al OBOR de Asia.

Los modelos económicos, políticos y civilizatorios manejados por China tendrán que ser revisados con toda seriedad, al ser referentes obligados para un mejor aprovechamiento de la relación bilateral; así como para exponenciar oportunidades y mejorar defensas. A pesar de los errores de las últimas décadas, para México sigue siendo un momento oportuno para aprovechar la oferta de China de asociación (agrícola, infraestructura, turismo, manufactura, etc.), dado el carácter estratégico que nos concede por nuestra



FUENTE: elaboración propia.

posición geográfica y civilizatoria. Las nuevas Zonas Económicas Especiales aprobadas en 2013 en el país, también son una oportunidad estratégica para aterrizar de manera productiva la inversión asiática en el país.

Europa sigue siendo una oportunidad poco aprovechada. Por diversas razones, el TLC deficitario con la región europea no ha podido potencializarse de manera afortunada. Alemania, España y los Países Bajos aparecen como las primeras alternativas para replantear el equilibrio de lo alcanzado. Francia e Inglaterra se ubican de manera inmediata. Agotada la era de los aranceles y la facilitación de mercados, serán los temas nuevos agregados por China en el OBOR, lo que ocupe la modernización de un tratado que después de 17 años sigue mostrando sus resultados asimétricos respecto a México.

Damos inicio a un tiempo nuevo que se atreve a cuestionar lo antes aplicado, sobre todo, como en el caso de México, si esto no ha sido suficiente para generar el desarrollo requerido. Ha quedado claro que la ortodoxia económica —dice la CEPAL— ha sido incapaz de apoyar las expectativas nacionales; que apostar a *mercados financieros eficientes y racionales* nos llevó a la gran crisis y al desarrollo mediocre o insuficiente. Que es clara la necesidad de reformar los acuerdos de libre comercio en aquellos temas que han generado mayor controversia (CEPAL, 2017).

La política de integración de México no puede seguir apostando a los paradigmas del siglo XX. Su obsesión por la firma de múltiples tratados de libre comercio con más de 40 países del mundo, sin haber fortalecido su industria y su oferta exportadora en general, lo ha mantenido en un no desarrollo y déficit comercial permanente. La llegada de una nueva era (del Pacífico) y el declinamiento de otra (del Atlántico), aparecen como una oportunidad para revisar las líneas integrales de su desarrollo, de manera importante, su política en materia de integración y de fin de tratados de libre comercio.

No hay posibilidades de vivir aislados si aspiramos a un país mejor. Cambian los paradigmas económicos, políticos, tecnológicos. Nuevas regiones y economías en ascenso ocupan nuevos lugares. El desarrollo futuro del país pasa y depende del desarrollo global. Una política exterior dinámica, atenta a los cambios del mundo, se presenta entonces como ineludible.

## BIBLIOGRAFÍA

- Anguiano, E. (2014), *China y Japón de 1850 a 1914*, Cuadernos de Trabajo CECHIMEX.
- Ferguson, N. (2012), *Civilización, Occidente y el resto*, México, Debate.
- Frieden, J. A. (2007), *Capitalismo Global*. Barcelona, Memoria Crítica.

- Glucksmann, A. (2004), *Occidente contra Occidente*, México, Taurus.
- Hobsbawm, E. (2007), *Guerra y Paz en el siglo XX*,. Barcelona, Memoria Crítica.
- Hobsbawm, E. (2012), *Entrevista sobre el siglo XXI*, Barcelona, Crítica.
- Huntington (2001), *El Choque de Civilizaciones*, México, Paidós, Estado y Sociedad.
- Judt, T. (2013), *Algo va mal*, México, Taurus.
- Mahbubani, K. (2002), *¿Pueden Pensar los asiáticos?* México, Siglo XXI.
- Mahbubani, K. (2003), *El nuevo Hemisferio Asiático*, México, Siglo XXI.
- Mazzucato (2014), *El Estado emprendedor*, Brasil RBA, Libros.
- OCDE/CEPAL/CAF (2015), *Perspectivas económicas de América Latina 2016, Hacia una nueva asociación con China*, Paris, OECD Publishing.
- Oropeza, A. (2013), *El acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP), ¿bisagra o confrontación entre el Atlántico y el Pacífico?*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.
- Oropeza, A. (2008), *México- China, Culturas y sistemas jurídicos comparados*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.
- Sachs, J. (2013), *The Price of civilization*, Gran Bretaña, Vintage.
- Vanguardia, (2016), Núm. 60, pág. 8.

